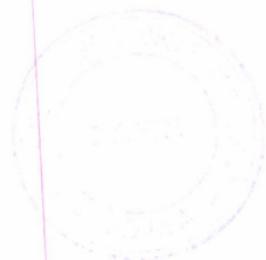


**D. ALEJANDRO
BATTAINI, SALESIANO EJEMPLAR**

Apuntes, por el P. Arturo González, S. D. B.

**D. ALEJANDRO
BATTAINI, SALESIANO EJEMPLAR**

(Edición extracomercial)



Apuntes, por el P. Arturo González, S. D. B.

CAMPELLO, 1971



Marcelino Olaechea Loizaga

ARZOBISPO T. DE SUBBAR
DIMISIONARIO DE VALENCIA

P R E S E N T A C I O N,

no la necesita esta impecable semblanza de "DON ALEJANDRO BATTAINI, SALESIANO EJEMPLAR".

Pero cometería yo un pecado grave, si no la hiciera.

Lo cometería también si no la hiciese brevísimamente.

Es esta semblanza una verdadera joya de talento, de corazón, de arte, de buen humor, de fina penetración psicológica.

Cada palo aguanta en ella su vela; pero !con qué garbo lo aguanta!

Tuvo Don Alejandro -a pesar de lo que el autor dice- debilidad por él, modelo y maestro de auténtico salesianismo. Le encantaba a Don Battaini, y nos encantaba a todos los salesianos, la genialidad de Don Arturo.

!Qué tiempos felices aquellos, en los que se podía decir: "Comer, no comemos; pero ..., reímos más ...!"

Se reía como ángeles. Y la risa de los ángeles llena más que las ollas de Egipto.

Ni Sorolla pintó un Campello con tanto encanto como lo pintan estas páginas, ni el mejor hagiógrafo traza con más sobrios y acertados rasgos la etopeya del Coadjutor salesiano, cocinero, cuya Causa de beatificación hay que pedir a gritos.

Entra, pues, lector; que, si eres salesiano o tienes el espíritu de los salesianos, te dolerán los instantes que te retraso tanto goce y tanta edificación.

+ MARCELINO, arzobispo dim. de Valencia

Valencia, 21 de junio de 1971

DON ALEJANDRO

Acaba de fallecer (marzo de 1953), en Valencia, el **Reverendo don Alejandro Battaini**. Me dicen que murió como un santo. Lo creo. Es más fácil que vivir como un santo. De todos modos, yo creo en este caso, que su muerte santa fue fruto y consecuencia de su vida santa también. Y no de santidad vulgar, sino de ago heroico, sostenido con intensidad, muchos años.

De esto vamos a ocuparnos largamente. ¿Para qué vamos a mentir, como esos predicadores que prometen ser breves, y, después, nos aburren con sermones interminables y sin interés? Garantizo, pues, la verdad de lo primero—de que seré largo en la exposición de los hechos y en los comentarios, porque fueron muchos años los que él vivió—; lo que no puedo asegurar es la segunda parte: de ser ameno y de que guste lo que diga. Pero, para esto último, hay un buen remedio... Cada uno lee hasta donde le agrade, y, después cierra este cuaderno y lo deja. No es como en un sermón o en un discurso, donde la corrección o el respeto humano nos atan al banco o a la butaca.

Escribo estas páginas, llevado del afecto a un hombre, con quien conviví muchos años, siendo niño, y, después, como persona mayor.

Creo ser de los que mejor conocieron a don Alejandro, por pura intuición, y uno de los que le hicieron pasar ratos muy felices y, alguna vez, amargos.

Nunca fui de los predilectos de él. Al contrario. No tenía yo cualidades para serlo; pero me parece que él, que era listo, supo encontrar en mí alguna chispa de mi humorismo celta, y—a cuenta del ridículo que encierra la vida en todas partes (¡también en los conventos!)—nos reímos más de una vez, cuando se lo presentaba deshuesado y limpio o le mostraba el rastro para que él, con su talento itálico, levantara la pieza y redondease el chiste, más agradable entonces por parecer cosa suya. Lo cierto es que, a ratos, me detestaba, pero guardó siempre de mí un grato recuerdo, ya fuera como bufón ya como pequeño «clown» o payaso que a veces estorba, pero que otras, se hace imprescindible en la vida.

Yo—consciente de mi deber y por amor a aquel hombre bueno—hacía con gusto aquellos «papeles», creyendo cumplir una obligación y haciéndole reir, como el payaso del cuento, aun teniendo el alma dolorida. Que yo también tengo mi miajita de corazón, que para algo soy de Galicia, aunque ello más de una vez haya sido mi perdición.

Creo haberle conocido y creo haberle amado; y ese amor es el que me impulsa a presentar hoy su caricatura, retrato o lo que sea, para que más de un alma, que le conoció y trató, goce recordando la figura de aquella alma grande; y para que otros jóve-

nes puedan aprender ejemplo de virtud salesiana, vivida intensamente y con verdadero sacrificio, pero con la sonrisa en los labios y con el optimismo en el corazón...

* * *

Don Alejandro, como dice su apellido, era italiano. Cuando la Congregación Salesiana se abría paso en España, con gran esfuerzo, a principios de siglo, ya era robusta y florecía en Italia; y de allí venían mensajeros a consolidarla en nuestra Patria. Eran verdaderos valores de ciencia y virtud.

Entre los muchos que destacaron en diversas actividades, el que más ha influido en esa consolidación de la Congregación y en elevar y engrandecer su vida cultural y religiosa, creo, sin duda, que fue don Alejandro, por su talento, por su virtud y por el tiempo que duró su labor desde principios a mediados de este siglo.

Unos hombres fueron derroche de bondad: **don Rinaldi, don Binelli**; otros, fuentes de energía: **don Costamagna, don Ricaldone, don Manfredini**. Es decir, tormentas de primavera que arrancan tallos delicados, pero fortalecen los que quedan; calores de estío que arrebatan las cosechas.

Pero la lluvia mansa y el sol constante que, durante cincuenta años, va haciendo crecer árboles, madurar frutos, poblando desiertos, dibujando jardines, multiplicando plantas y flores... eso le co-

rresponde a él, a don Alejandro. También habría que hablar un día del benemérito **don León Cartosío...**

Cuando vino a España don Alejandro era muy joven —veinticuatro años—, doctor por la Gregoriana, con un talento privilegiado y un corazón muy grande. Nos lo enviaba el Cielo con la misión muy ambiciosa, a que me he referido en el párrafo anterior. Y venía consciente de ello, como los antiguos cónsules que Roma nos enviaba hace dos mil años; y, como ellos, amó a nuestra Patria, que, desde entonces, fue también suya, porque al fin y al cabo era de la Iglesia, era de Dios: «**Da mihi animas...**».

También como ellos, recogió gloria y recogió dolor. Son los frutos naturales de sembrar con sacrificio, con interés, con alma. Lo contrario de cuanto se siembra con ambiciones rastreras, con egoísmo, sólo para enriquecerse, para explotar. Esas monedas se deshacén o en vida o al paso del tiempo, cuando la historia maldice la conducta de aquel hombre egoísta. Pero—en el primer caso— hasta las espinas florecen en rosas, al admirar a distancia la labor que, tal vez, un día no se comprendió, porque estábamos demasiado cerca. Hay cuadros que, a distancia, son más bellos; y hay conductas que sólo el tiempo hace florecer.

Comenzó su labor en Cataluña, dando clases de Humanidades a los futuros salesianos. ¡Pobres muchachcs, cuánto tuvieron que sufrir! Es como si a San Pedro y compañía les hubiera tocado un maestro así, tan distinto del paciente Jesús...

Don Alejandro, 24 años, talento privilegiado, que «pescaba» al vuelo las cuestiones de Filosofía, no

podía comprender cómo unos mozos casi como él, de 17, de 20 años, que empezaban a meterse por las intrincadas selvas del «**musa, musae...**», no atinaran. Gritos, voces, amenazas y hasta santos «tacos» (en italiano, por supuesto), para ver si aquellas pequeñas «mulas» salían del atolladero... La culpa no era de «ellas», sino de los que cargaban el carro demasiado o de los que pretendían que una pareja de bueyes fuese al galope como los caballos.

El automóvil no entiende a la carreta, pero cada uno hace su oficio y llena su misión; y, si los autos hicieron los rascacielos, las carretas construyeron las pirámides y las catedrales, que son más eternas y no menos admirables...

Los seminaristas de hoy con sus centros de cultura perfectos, con su alta selección en profesores y alumnos, no entienden por qué entonces no le «ponían» mejores alumnos a todo un doctor por la Gregoriana.

Era la obra de Dios que empezaba. Tampoco Jesucristo tenía «gregorianas» ni «colegio español en Roma», ni seminarios mayores y menores. Tenía unos discípulos, pocos y mal preparados, pero la «cosa» era empezar. ¡Empezar! Eso es lo difícil en la vida. También el terminar, no cabe duda; pero empezar, hacer que la piedra empiece a rodar...

Tenía entonces Jesucristo —como representante suyo en el gobierno de la Congregación Salesiana en Cataluña—un sacerdote gallego, ya anciano, que algún día quizá llegue a los altares: **don Manuel Hermida**. Había dejado su parroquia en el otro extremo de España y se fue a Barcelona, atraído por el

olor de santidad que dejó a su paso—en breves semanas de estancia—San Juan Bosco.

Este Padre Hermida era uno de esos hombres que busca Dios para los principios difíciles de una obra grande. ¿Elocuencia? ¿Talento? No... Bondad. ¿Habéis visto la estampa de San Vicente de Paúl, que va a la puerta de su convento—lleno ya de criaturas hambrientas—con otras dos que ha encontrado en la calle? Pues así era don Manuel Hermida. Iba por Barcelona a recoger limosnas para sus muchachos pobres, y volvía a casa con otros cuantos miserables más que se habían atravesado en su camino. Con su fe firme en Dios los llevaba a Sarriá, donde podía escasear el pan, pero, por lo menos, abundaba el amor... que también es necesario en la vida: «**no sólo de pan vive el hombre...**». Don Bosco también hacía así.

Y, en su afán de llenar el *¿seminario?* de jóvenes buenos, iba—de año en año a hacer sus correrías por Galicia, donde él sabía que los había buenos, trabajadores, sacrificados y de familias cristianas. Y, al que se le presentaba con deseos de acompañarle, le miraba a los ojos, no tanto para descubrir destellos de talento, sino por ver claridad de virtud... y, si la encontraba, no sabía negarse, lo aceptaba, sin mirar la edad, la pobreza o el talento...

Más viejos eran San Pedro y Santiago, y hay que ver la labor que hicieron... Y, además, se trataba de un trabajo nuevo en la Iglesia de Dios: salvar al pobre, al obrero y enseñarle a trabajar; y, para eso, quizá fueran mejor los mozos de aldea—robustos y sacrificados—que los de la ciudad y universidad, de-

biluchos y menos sencillos. ¡Cosas de santos! ¡Caminos de Dios!

Lo cierto es que don Alejandro, con aquellos «elementos», sufrió. Los hizo sufrir y se impacientó algún tanto, al ver que su labor no avanzaba a la par de sus impaciencias... ¡La mula coja de San Francisco Javier! Pero el carro estaba desatascado y empezaba a rodar. ¡No era poco!

Le hicieron director de la nueva casa de **Huesca**, pero no era ésa su misión. Sólo estuvo un año. Y fue destinado de director a **Campello** (Alicante).

EN CAMPELLO

Era ésta una casa recién fundada, de situación privilegiada, pero de recursos económicos muy escasos. Allí iba a ser la sede del único seminario menor salesiano, que había entonces de media España para arriba. Allí, por decenas de años, iban a pasar niños de esa media España, para aprender humanidades y para conocer la humanidad, a medida que sus ojillos, más o menos avisados, se iban abriendo a la vida.

;Cuánto se aprendía allí! Lo iremos viendo en las páginas que siguen. Pero, antes, digamos algo de su emp'azamiento.

Estaba la casa, que fue solariega, a menos de 200 metros del Mediterráneo y a unos 12 kilómetros de Alicante, yendo hacia Valencia.

La finca era bastante extensa, con almendros, algarrobos, pinos, alguna cepa y varios campos para huerta y cereales. Está a veinte minutos del pueblo de Campello, y otros poblados diseminados, también a esa distancia.

Es decir, era una finca aislada, sin vecinos que ayudaran ni que molestaran.

En esta tierra alicantina, creo que se cumple literalmente la frase de Cristo a la Samaritana: «**Si scires donum Dei...**». O sea que, por parte de Dios está todo hecho; solo falta que el hombre ponga un poco de la suya. Hay un clima muy bueno, no hiela, hace mucho calor, aun en invierno. Esto es la acción de Dios. Ahora ¡esa tierra con agua...! (acción del hombre...) Allí llueve poquísimo. Conocimos años en que pasaron once meses sin caer gota... y—cuando lo hacía—era a torrenteras, como si Dios quisiese que el hombre hiciera acopio para mucho tiempo. Y, en parte, lo hacía. Debajo de las casas de campo, había cisternas y allí se acaudalaba el agua de lluvia y de allí se sacaba incluso para beber. Pero ¿y para regar? En la carretera hacia Alicante, había unas quintas de recreo preciosas. El gran poeta Campomor se hizo allí la suya. Tenían pozos y entonces sí... árboles, plantas, flores, hortalizas... crecían a maravilla con un perfume que no tendrían que envidiar a las de Jericó. En nuestra misma finca, había un pozo, con un molino de viento, pero era poco, pues el aire no se le miraba.

Yo creo que, a don Alejandro, le encantó el sitio. No porque fuera un vergel, pero podía llegar a serlo. Y, además, tenía tres o cuatro cosas que casi bastaban: un sol precioso, un cielo azul y un mar tranquilo: el Mediterráneo, tan amado por él, porque le unía a su Patria y a la historia del mundo antiguo.

El mar es como un libro de muchas páginas. Los que no saben leer no ven nada ni en el libro ni en el

mar; pero los que sí, encuentran una cosa nueva, deliciosa. Y en el mar pasa lo mismo. Yo creo que las olas son como si los ángeles fueran pasando las hojas de ese gran libro, para que la humanidad artista sepa admirar las bellezas de Dios y ser feliz. ¡Y cuidado que la invitación es constante! Pero son pocos los que, como don Alejandro, sienten esa poesía, ya fuera de color, ya de historia vivida en sus aguas. Era feliz allí, donde otros no encontraban más que un erial y mucha agua separada.

Por la noche se rezaban las oraciones en una terraza, mirando al mar. Allá lejos, un arco de luces que se mecían mansamente en las aguas. A nosotros nos parecían—lo eran efectivamente—barcas que pescaban. A don Alejandro, en su fantasía, podían parecerle las luces de alguna ciudad italiana, de Nápoles, de Roma... que le enviaban cada noche su mensaje de amor, de constancia, de eternidad.

A veces, a luna asomaba por entre las aguas e iba formando en ellas una nueva calzada romana, más frágil que las de piedra; pero más brillante, de plata. Para su espíritu delicado le bastaba. Por allí huía del pensamiento de los agobios económicos o de las dificultades de la escuela y, en aquel mensaje de Dios hecho luz, veía en sus sueños lo que más tarde fue realidad: seminarios nuevos, hombres virtuosos, colegios florecientes en alegría, en ciencia y en virtud.

Como decíamos, la casa era pobre. Un detalle: cuentan los primeros pobladores que, a falta de ventanas, tenían que resguardarse del viento, tapándolas con montones de melones. La servidumbre no era

muy «técnica», y bastaba que algún muchacho dijese que había ayudado a su madre en la cocina alguna vez, para que le encargasen de ayudar al cocinero, y hasta de suplirlo, cuando fuera menester. Y así ocurrió que uno de estos improvisados «doctores culinarios» se enteró de que venían a comer seis personas aquel día, y—deseoso de tratarlos bien—echó a la sopa una taza de arroz (¡de las grandes y por «barba»!), y cual no sería su asombro, al ver como crecía todo aquello hasta escaparse de la olla...

Pero eran felices al sentirse héroes-fundadores de aquella futura «universidad». Don Alejandro iba metiendo en su alma la bondad y su miajilla de arte. Les enseñó a cantar bien. No él precisamente, que lo hacía bastante mal, pero que sabía exigir a los maestros de música que la hiciesen sentir a los chicos, y estaba orgulloso de que se cantase bien (¡reminiscencias vaticanas!) y de que las ceremonias de la iglesia se hiciesen con toda rúbrica y solemnidad. Y la Providencia se valió de este pequeño detalle, para que no se cerrase, en sus comienzos, esta casa que había de hacer tanto bien. Y el hecho fue así...

Era entonces Provincial—sustituyendo al bondadoso Padre Hermida—el Padre Manfredini: hombre impetuoso, exigente, el «reglamento ambulante»; en una palabra, la línea recta... Hacía tiempo que estaba buscando cómo cerrar esta casa tan pobre y, tomada la resolución con su Consejo, se fue él en persona, dispuesto a ponerlo por obra. Llegó allá una tarde de esas serenas, tan numerosas en Alicante. El cielo azul convidaba al optimismo y la esperanza; la paz trascendía de la tierra, del cielo, del

mar... como el perfume agradable de las flores. Las paredes desconchadas, viejas, sin pintar, hablaban de ruinas y no eran el fundamento más a propósito para futuras empresas. Los niños, mal vestidos, con caritas macilentas... ¡Sí, había que dar el cerrojazo!

Pero le invitaron a dar la bendición con el Santísimo. Como la sacristía era pequeñita, los monaguillos —más de veinte— se revestían en otra habitación que había a 40 metros, al final de un paseo de palmeras. Allí se revistió también don Manfredini. Y comenzó a procesión hacia la capilla, que aparecía, al fondo, iluminado el altar con velas y adornado con artísticos ramos de flores. Allí estaba la imagen de María Auxiliadora: hacia Ella avanzaba la procesión, cantando el célebre «**Ave maris stella**».

Miles de veces la habría oído él, de pequeño y de mayor, en Turín, en muchos otros colegios de don Bosco... Pero, esta vez, le sonaba de otra manera. Entre aquellas palmeras, con el sol que declinaba dulcemente —tiñendo el cuadro de una luz indefinible—; el mar, al fondo, sorbiendo los rayos de luz y los ecos del canto de los niños («**vitam praesta puram**» —danos una vida pura)... Sí, en aquel ambiente, tenían que ser buenos los niños; era lástima alejarlos de aquel lugar. Las palmeras, estremecidas con los cánticos, llamaron su atención. La palmera, símbolo de resurrección, de fe... Donde la vida muere en el desierto, sólo ella vive... Pudiera ser que también aquella casa, en aquel «trozo de Africa», quizá algún día fuera vergel...

Y, entrando en la iglesia, el canto se oyó más; rebotaba en las bóvedas y fluían las armonías sobre su corazón con la intensidad del granizo, con la sua-

vidad de una lluvia de rosas. Se emocionaba, alzó sus ojos a María Auxiliadora: **Monstra Te esse Matrem!** (muestra que eres Madre)... Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; le pareció que la Virgen le aseguraba que aquella fuese su casa; y decidió en su corazón no cerrar una casa, donde se cantaba tan bien y donde se honraba tanto a la Santísima Virgen.

Esta vez el cayado de la autoridad, que venía a arrancar lágrimas de los moradores de Campello, hirió el corazón berroqueño de su «amo», y fue la primera vez que hizo el doble milagro de hacerle cambiar de decisión y de arrancarle unas lágrimas. No sé si aprendería entonces que hay más que una línea y que, las cosas que no puede hacer la recta, las resuelve la curva, el arte...

Se hizo silencio en la capilla. Con la custodia dio la bendición, pausada, solemne, emocionada, como rúbrica trascendental de un nuevo tratado que suscribía, vencido, obligado por Dios y por las voces y el fervor de unos niños que cantaban, poniendo el alma en lo que decían... Como los artistas... Como don Alejandro la pediría ciertamente en la súplica que haría en aquellos precisos momentos...

Terminó la bendición, se cerró el sagrario, y don Manfredini, impaciente, se volvió al público; hizo señal a los del coro para que callasen y comenzó a hablar emocionado.

«Venía a cerrar esta Casa, pero vuestros cantos, vuestro fervor, me han convencido de que Dios no lo quiere... Aquí tenéis a María Auxiliadora: Ella, buena Madre, os ayudará...»

Ahora los que lloraban eran don Alejandro y los chiquillos, que —si cantaban antes el «Ave maris

stella» con emoción impregnada de tristeza, temiendo fuera la última vez— ahora entonaron con entusiasmo la Salve, para agradecer a su Madre Santísima el «milagro» que acababa de obrar: torcer la voluntad de aquel hombre, todo reglamento, a quien no habían conmovido antes ni las súplicas de don Alejandro, ni los futuros planes de grandeza...

Al salir, la brisa mecía las palmeras. Era el triunfo. Las estrellas se movían inquietas como en la noche de Navidad. Eran testigos de un acontecimiento de mucha trascendencia... También había luces allá en el mar... ¿Nápoles? ¿Roma? Esta vez —para don Alejandro— las luces serían de Turín: la Virgen de don Bosco enviaba su sonrisa de amor.

* * *

Fueron pasando los años. Cuando yo llegué a Campello, allá por el año 17, ya habían edificado algunos pabellones; pero la pobreza seguía agravada por la guerra europea. Habría unos cien internos, en cuatro cursos de latín; y don Alejandro tenía que mantener aquel ejército que devoraba piedras molidas. Pero Dios, que sostiene a los pájaros de manera admirable, alimentaba a aquellos muchachos de un modo no menos maravilloso.

Y fue así. Estaba de cocinero un santo varón, salesiano coadjutor, navarro: el señor **Martín Goicoechea**. La cocina estaba en un sótano con poca luz; y él, que era como Esaú, musculoso y peludo en la barba y en los brazos, me daba la impresión —a mi fantasía de rapaz de once años— del «hombre de las cavernas». Me daba miedo. Era como un oso de aspecto



El Sr. MARTIN GOICOECHEA, verdadero «soldado desconocido», que ganó la batalla del hambre, la más difícil de ganar. Su mejor «laureada», ésta: «Así soñó Don Bosco a sus Coadjutores camaradas imprescindibles en su empresa gloriosa»

to feroz; pero un «cacho de pan»... ¿qué digo un «cacho» ¡un pan bien grande y bien bendito!

Pelaba patatas, desgranando avemarías, hablaba poco, y, al atizar el fogón, se daba uno cuenta de que aquella cara —selva intrincada de barbas indómitas— estaba iluminada, hermoseada por una sonrisa de bondad, unos ojos de inocencia, que revelaban un alma de niño, pero un temple de santo. Aquel hacía varios «milagros» cada día: callar, sonreir y tener alegrías a aquel centenar de almas, sin otros medios que unas berzas, unos garbanzos y cuatro patatas...

Yo no sé si era el hambre que teníamos o el «ágilis mógilis» que él le echaba... pero lo cierto es que se chupaba uno los dedos, saboreando aquellas berzas. (Porque hay berzas y berzas. Ciertos conventos segregan un olor a berzas que tumba. Y siempre idéntico. Deben estar los muros impregnados ya y no hay quien lo quite...) Allí no. Daban las ventanas de la cocina al patio, y allí acudíamos a adivinar el «menú» siempre variado, siempre agradable y siempre de berzas: acelgas cocidas, fritas, rehogadas... también había garbanzos, pero eran caros y se acababan antes. El señor Martín, que sabía que el hambre era mucha y los garbanzos, pocos, procuraba suplir con el milagro de las acelgas y allí íbamos los «sirvientes», repartiendo «plato limpio de acelgas», es decir, «reenganche de acelgas»... Y todos, contentos. Y él más, cuando veía las ollas vacías y los chicos, con la barriga inflada de acelgas y alabando su bondad

Don Alejandro lo sabía, le agradecía al señor Marián su colaboración y pedía a Dios que no le quitase aquel «puntal» del edificio... si no, se hundiría.

¡Qué más quisiera él que poder dar al cocinero pollos, jamón y carne... pero no había!

De vez en cuando teníamos un extraordinario: una paella con conejo. Y, en verano, los jueves por la tarde, íbamos a cenar a la orilla del mar. El señor Martín, encantado. Don Alejandro, más. El «banquetazo» consistía en una perola de ensalada de tomate, con pimiento y cebolla, y unas alubias con un colorcillo amarillento, unas migajas de chorizo diluido; pero con un perfume y un calorcillo... Las traían preparadas de casa: cuando llegaban estaban templaditas, más ricas... ¡como si las hubiese calentado el señor Martín con su corazón! ¡Yo creo que lo hacía...!

Ya era noche, cuando volvíamos al Colegio. Unos cantos, unas oraciones y a descansar. ¡Qué fácil es hacer felices a las gentes! Unos tomates, unas alubias y un poquito de cariño, mezclado con sacrificio... ¡Pan y cebolla...!

* * *

Y vamos con don Alejandro. Hay almas que han nacido con vocación de maestro. El fue una de ellas. Dio mucha clase, toda su vida, murió en esa tarea. El era feliz así, transmitiendo la ciencia, transmitiendo la luz.

No sé si era el maestro ideal, porque, con su talento extraordinario, avanzaba a pasos de gigante por toda clase de cuestiones, creyendo que todos le seguían; y no siempre era así. Pero, en fin, por lo menos

abría horizontes, trazaba rutas, indicaba ideales, que —si no para entonces— serían realizables más adelante, Así hacía Cristo: «**Scies autem posteas**».

Adoraba el talento. Era feliz, cuando encontraba un muchacho superdotado, que asimilaba sus grandes ideas, sus profundas enseñanzas. Le hacía leer, le hacía traducir, le hacía explicar satisfecho de ver que sus trabajos iban dando frutos hermosos.

Alguien dijo que don Alejandro aborrecía a los gallegos y tenía sus predilecciones por los valencianos. No había tal. Don Alejandro admiraba el talento dondequiera que se albergara. Ya dijimos que muchos venían sin preparación; y, en cambio, de Valencia los traía él, de aquel colegio, mejor preparados.

Y hubo algunos que descollaban; pero otros eran del «montón», como los gallegos. Lo que tienen los valencianos es que son artistas, y el que no vale para estudiar sirve para hacer comedia, que también es un arte; y eso le encantaba a don Alejandro. El tiple de voz angelical, el declamador de sentimientos, el calígrafo de trazos pulimentados, el desenvuelto monaguillo jefe de ceremonias... algo, algo que descolillara: algún destello bastaba para cubrir cualquier defecto y arrebatar su admiración.

Recuerdo una vez que se trataba de elegir la junta directiva de una «compañía» o congregación religiosa de alumnos. Allá fuimos los colegiales de diez y once años a un aula de clase. Había en la «presidencia» una mesa y unas sillas. Don Alejandro, en su sencillez, sin pizca de picardía y aun observando las formas democráticas, quiso orientar nuestras preferencias, para que salieran elegidos los que tenían que salir: los de más talento, los más buenos, etc.

Y fue colocándolos alrededor de la mesa, con el pretexto de que revisaran las papeletas y fueran tomando nota; pero —en realidad— era para que los votásemos.

Y empezó el escrutinio. Todo marchaba bien e iban saliendo los de la mesa. Pero yo, que soy celta y no sé si por dejarme llevar de mi carácter o por humorismo, no quise a ninguno de los tales, votando por el chico más ridículo y puse N. N...

Al hacer el recuento, salió este nombre, y hubo regocijo general... Don Alejandro, en un acceso de furor, al ver turbada la «solemnidad» del acto, descubierto su truco y qué sé yo... se volvió indignado, queriendo adivinar el autor de aquel voto. «¿Quién ha sido? ¡A ver la letra! ¡A ver los ojos!...» Poco le costó identificarme. «Salga de aquí... Diez menos de conducta; expulsado, lo mando a su casa...»

Salí de allí apabullado, comprendiendo que el «estropicio» había sido demasiado fuerte. Después, todo pasó. Había descargado la tormenta, había salido el sol; comenzaron las sonrisas en las caras de los elegidos y todos contentos.

Tenía prontos don Alejandro que eran fruto de su genio de artista; y —como también es arte ver a un artista enfadado—, más de una vez, los pícaros y truhanes le tirábamos un poco del genio, para gozar de aquel espectáculo de Júpiter Olímpico, lanzando rayos que no herían y retumbando truenos que no mataban. Vaya un ejemplo...

Era en clase de 2.^º de latín. A trompicones, íbamos traduciendo la Eneida. El —artista consumado— saboreaba el fondo y la forma de aquella joya de arte. Y se empeñaba en que nosotros participásemos tam-

bién de su emoción. Era el pasaje del Caballo de Troya. Pretendía hacernos saborear la perfección del verso y la armonía imitativa del «**gemitumque dedere cavernae**». «Fijaos —decía—, si golpeamos una caja vacía, un tonel, el sonido se propaga: **uuumm...** Pues eso lo hacía Virgilio en el verso: **gemitumque...**» Y daba un golpe en la mesa.

Excuso decir que, al poco rato, dábamos nuestro golpe en el pupitre, que —aunque no resonara bien por estar lleno de libros viejos— nos lo parecía y a él también. Y así, unas pocas veces; hasta que algún chusco —cuando ya se había hecho silencio y se estaba tratando de otra cosa— aprovechaba la calma para probar por su cuenta otra vez y daba un gran puñetazo en su pupitre, diciendo: **gemitumque...** Montaba en cólera don Alejandro, al advertir la guasa y clamaba, enfurecido, un trozo de elocuencia (¡y no sagrada!), hasta que algún alma buena se echaba a reír; él también; toda la clase; y así acababa todo sin castigo ni rencores.

Otras veces contaba cosas sublimes de Roma: ceremonias, monumentos, historia. Se sublimaba; estábamos pendientes de sus labios; él seguía, no se cansaba, gritaba, describía, brillaba en sus ojos el entusiasmo, palpitaba en sus labios la fe... Pero bastaba que, en esos instantes, un cualquiera bostezase o se durmiera para que se deshiciera todo el encanto: «¡Sinvergüensa, durmiendo...! No sabéis admirar las maravillas, la poesía, el arte... Sólo comer... ¡No explico más!».

Se reía y nos reíamos, y guardábamos la lección, que aún nos dura hoy, de que la Madre Italia fue cuna

de belleza, y lo es todavía, produciendo genios como don Alejandro, muy de artista, muy de niño y muy bueno.

* * *

Ya dije que don Alejandro cantaba mal. Es natural que la espada del guerrero se embote de tanto trabajar. Y su espada —al servicio de su alma grande, incansable en el trabajo de la escuela y del púlpito— era su voz. La había gastado en largos años de clase, o sublimándose en cantar la ciencia o apostrofando a los alumnos.

Tenía un timbre muy alto; no podía entonar cantos, porque no se le podía seguir. Pero él —como Nérón— no quería morir, sin haber alcanzado voz de artista; y si la voz, no, por lo menos el gusto. Y así era: a su manera cantaba prefacios, oremus y, sobre todo, en la Semana Santa, la primera Lamentación del Oficio de Tinieblas: solemne, pausada, con tremolos, emocionado... ¡era suya!.

En aquella ocasión nos emocionaba y la voz estaba más a tono con las circunstancias de letra y espíritu, y le perdonábamos la mala voz por el buen sentimiento y fervor que ponía. Después, se comentaba todo y él reía satisfecho como un bendito.

Ya dije que no podía entonar y esto fue causa de más de un «bollo» más que regular, que se armaba a veces en la capilla. Los jueves, a las 10 de la noche, cuando los «peques» iban a dormir, él con los ma-

yorcitos iban a la iglesia a hacer una hora santa. ¡Qué gratos recuerdos guardamos de ellas! ¡Con qué fervor rezaba don Alejandro, que era siempre quien dirigía! El recogimiento de la hora, la intimidad del grupito, las palabras que él buscaba... todo ello era una piedad que entraba en nuestros corazones y nos hacía buenos. No era un sentimentalismo estéril. Recuerdo, por ejemplo «aquel padrenuestro por el alma que está en peligro de cometer su primer pecado mortal». Era toda una lección de teología: «el primero y, después, quién sabe el rumbo que tomará esa alma, que se atreve a salir de la casa paterna: que no salga, Padre Nuestro...»

De vez en cuando, para disipar el sueño y para aumentar el fervor, se cantaba alguna copla. Ya dije que él no podía entonar, sobre todo ciertas melodías. Había un cántico que empieza regular, pero después sube más de la cuenta, y —si no se entonaba bien— se ven obligados a suspenderlo a la mitad. Para que esto no ocurriera, aquella vez mandó a un muchacho que lo empezara. El primer verso es **Jesús, vivir no puedo, lejos de Ti...**» El chico, sorprendido o que había aprendido de oídas la copla, entonó bien la nota, pero la letra no; y dijo: **«Jesús, divino cuero...»** Nadie siguió. Empezaron los disparos de risas, imposibles de contener. Y sólo la voz tonante de don Alejandro exclamando: **«¡Silensio!»**, cortó aquel incendio, de otra manera irremediable. Pero su actitud mayestática, el fuego de su mirar, y el timbre de su voz nos dejó a todos pasmados. El «*delenda est Carthago*» de Catón, el «*vae victis*» de Breno o el «*quousque tandem, Catilina*»... no creo que hayan dejado más patidifusos a sus oyentes.

Siguió todo bien. Al salir, nuestro espíritu enfervorizado percibió el perfume de unas rosas, unas estrellas en el cielo y un rumor lejano de mar dormido.

Al entrar en el dormitorio, no nos dimos cuenta del color ocre de los jergones de paja. Nuestra alma ingravida iba aprendiendo a caminar sobre los olas y el barro de este mundo...

* * *

Don Alejandro estaba alegre siempre. Era feliz aun en medio de aquellos agobios económicos. Tenía fe y la Providencia le iba sacando a flote, cuando estaba a punto de ahogarse. En los momentos de mayor dificultad, acudía a algún buen amigo de Alicante; pero, sobre todo, tenía uno siempre seguro, en un pueblo cerca de Valencia... Era un buen cooperador —una especie de Marqués de Comillas—, santo, no tanto por las limosnas que daba, sino por lo mucho que amaba a Dios. Se llamaba don Vicente; vino al Colegio varias veces y de él nos queda el recuerdo de que llevaba alpargatas, una perilla muy bien cuidada y de que rezaba con muchísimo fervor, en posición correcta e impecable.

Le mirábamos con admiración, porque don Alejandro nos contaba sus virtudes, su piedad y las grandes limosnas que le hacía. El, señor rico, gustaba de tratar con nosotros pobres; y sus ojos, iluminados por la fe, sabían ver en nosotros a los futuros sacerdotes de Dios. Comía de nuestra comida y era feliz, al ver nuestra alegría, fruto de la vida inmacu-

lada que llevábamos y del fervor con que rezábamos.

Nos contaba esta anécdota. En uno de los viajes que hizo por España, al llegar a una ciudad, preguntó a un criado de un colegio nuestro «dónde eran las cuarenta horas». El otro, un pobre hombre, quedó sorprendido, sin saber qué responder. Y él explicó: «Sí, la iglesia donde está expuesto el Señor 40 horas...» El otro, que era andaluz, llegó a sospechar que el forastero quería tomarle el pelo y dijo: «Ande, señor, que en mi tierra los días sólo tienen 24 horas...» Se reía don Vicente de la ignorancia de aquellas gentes, pareciéndole imposible que no fueran todos como él, cuya preocupación principal era vivir para Dios, comulgar y visitarle ante el Sagrario.

Como dije, don Alejandro estaba siempre alegre. Sólo cuando había algún enfermo grave, se le veía preocupado; no comía, no dormía, nos hacía rezar continuamente ante el Santísimo por turnos. Fue una vez, cuando aquella gripe tan maligna del año 18 enterró tanta gente. El tomó sus medidas: enterrar la medalla de María Auxiliadora en los cuatro ángulos de la finca, para que no dejase entrar la enfermedad; y, después, como remedio humano, nos obliga a hacer gárgaras con vinagre, después de comer. Estaban las tazas preparadas alrededor de un estanque de la finca, y —al acabar de comer— salíamos todos en fila y cada uno cogía la suya, sorbiendo un buchito y empezaba los gorgoritos. Al principio, todo fue bien; después empezaron las guasitas; y unos se bebían el vinagre a la primera; otros lo tiraban; y otros, ritualistas y meticolosos, estaban hasta media hora, pretendiendo ahogar a los supuestos microbios. La Santísima Virgen veló por nosotros y no hubo en-

fermos. Sólo, un año más tarde, un sacerdote joven cogió la gripe en un viaje, que degeneró en bronconeumonía y se puso grave.

Estaba entonces yo de sirviente del comedor de los superiores. Mi obligación era subir los platos. Estuve en este «oficio» muchos meses, porque el cocinero, señor Martín, tenía en mí su peón de confianza, y aquel oficio no todos sabían desempeñarlo, porque resultaba complicado. Creo que son las dos únicas cosas de que puedo gloriarme en mi vida: servir la comida aquella temporada, y servir, ya de mayor, con puntualidad a las monjitas en las capellanías.

Digo que era difícil tal menester, porque, si había veinte superiores, dieciséis tomaban cosas distintas. Y no en la variedad de los manjares (¡No había para escoger!), sino en la misma cosa, preparada de distinta manera. El señor Martín, que era un santo, se amoldaba a todos los gustos de aquellos pobres enfermos; y uno quería acelgas sin sal; otro patatas cocidas; otro fritas; otro acelgas con patatas; otro patatas con acelgas... y así hasta 16. De los pocos que no tomaban extraordinario era don Alejandro, que siempre fue muy parco en el comer. Aquellos otros se consolaban con aquella pequeña distinción; y don Alejandro comprensivo y el señor Martín santo, accedían gustosos a complacer a los hermanos, aunque fuera relajando (!) un poco el rigor de la vida común.

Y, claro está, si el que subía los platos, los confundía, había disgustos para todos, y, sobre todo, para el santo cocinero, que, aquella noche, tendría que confesarse de su «enorme» pecado, para dormir

menos intranquilo. En mí, pues, descansaba confiado.

Una noche —mientras servía la cena— vi que don Alejandro acababa de despedir a unos médicos de Alicante, llamados a consulta, porque aquel sacerdote estaba grave. Yo —con mis doce años— me daba cuenta de la tragedia de aquel hombre y le pregunté qué habían dicho. «Que está muy mal, no hay remedio humano...» Entonces yo dije: «Suba usted a cenar.» «No tengo ganas», contestó. «No importa, algo debe tomar; ya rezaremos y la Santísima Virgen lo curará...» Por animarle, por decir algo, como en las familias hace la madre. No fue a cenar, no podía: sentía la muerte de un niño o de un salesiano, como si fueran hijos suyos.

Don Alejandro tenía un gran corazón, y —como estuviera en su mano aliviar las penas ajenas— lo hacía con agrado, aunque eso mismo le causó algún pequeño disgusto con los encargados de mantener el rigorismo del horario y del reglamento.

En aquellas tardes, casi siempre primaverales, siempre había alguna novedad en el campo: los almendros en flor, las rosas entreabriéndose, las enredaderas trepando, las cebadas meciéndose ondulantes, el mar transparentando las arenas del fondo, los grillos, los pajarines... ¿Qué sé yo? Cuántas cosas atraían su alma de artista y su afán de hacer sentir la belleza a sus seminaristas. Y más de una vez, en lugar de pasear durante el recreo, entre las cuatro paredes del patio, rodeado de un grupo más o menos numeroso, de alumnos, que amaban más el arte que el juego, se iban con él por la huerta, por los campos, por la playa... y allí oían de sus labios lecciones de bondad, de cultura, de arte, de humorismo. Cortaban

unas ramas de almendros floridos para llevarlas al Sagrario, como primicias, y para la hora santa de la noche; o unas rosas o unas espigas.

Otras veces, sentados a orillas del mar, cedían a la tentación seductora de sus aguas y le decían: «Don Alejandro ¿nos deja lavar los pies?» «¿Cómo no?». El —complacido por hacer felices a los demás— se lo permitía; pero la tentación seguía... ¿Qué niño puede estar al lado de un pastel mucho tiempo, sin tentarlo con un dedito, y, por lo menos probarlo un poquito? Así era allí. ¿Sólo ver el mar? ¿Sólo recibir su frescor y su beso en los pies? No podía ser. Y empezaban los convenios y confabulaciones: «Hoy me toca a mí, me empujas tú... Y, otro día, te empujo yo...» Y, efectivamente, de pronto, hombre al agua, «sin querer»... «Bueno, don Alejandro, ya que estoy mojado, déjeme nadar un poquito.» «Bueno», respondía compasivo. El «mal ejemplo» aumentaba las caídas, y sólo la voz tonante de don Alejandro —aparentemente enfadado— cortaba el creciente desorden.

Demasiado comprendía el sacrificio, pero... Otras veces era al revés. Era él el que compinchaba a tres o cuatro para que empujaran o metieran a la fuerza a tal o cual muchacho tímido, que llegaba a fingir algunas lagrimitas para que no lo echaran... El gozaba, viendo su pataleo y los jipíos consiguientes al chapuzón.

Había que retirarse, pero —mientras se secaban los trajes de baño y de etiqueta— pasaba algún tiempo y... ¿quién se enfrentaba con el señor consejero, llegando tarde al estudio? Tenía que ir delante don Alejandro y, con su sonrisa, deshacer el entrecejo

de don Recaredo, que ya tenía «apuntados» a los ausentes y hasta la sanción preparada por haber infringido el reglamento, el horario y la disciplina. Don Alejandro se sonreía, pensando que era un «crimen» encerrar entre cuatro paredes a aquellos muchachos, cuando la primavera nacía y cuando la poesía brotaba a raudales por aquellos campos. Y también era una lección no menos interesante que las de latín o geografía, el aprender a amar la belleza.

Y —prueba de que no era egoísmo suyo el llevar consigo a los muchachos— era que podía ir él solo. Pero no, le hubiera remordido la conciencia; no hubiera podido disfrutar del paseo, mientras sus chicos estuvieran encerrados en la «cárcel» del estudio. O con ellos o no iba... Y —terminamos el capítulo de Campello— con estos varios episodios.

Había al fondo del campo siete higueras, con unos frutos riquísimos y abundantísimos. Debían ser como esas vacas holandesas, de alta selección, que dan muchos litros y muy buenos. En verano, por las tardes, nos llevaba allá y el asalto era general: nos hartábamos. Pero de allí a dos días, ya había higos otra vez. No creo que don Alejandro los probase, pero era feliz, proporcionándonos aquel placer tan sencillo.

En el verano, el calor era grande. Por la noche, después de la cena, hacíamos grandes veladas: cantos, poesías, y algún sainete al aire libre, haciendo tiempo para ir a dormir.

Cada año los de 4.^º curso dejaban el Colegio y marchaban a Madrid-Carabanchel, al noviciado. En las despedidas, había lágrimas y había recuento en las listas que guardaba don Alejandro. «Empezasteis tantos en 1.^º; fallaron tantos por enfermedad, por los

estudios, por la familia... Alguno, por el mundo: marchó a vacaciones y no volvió... Pero quedáis vosotros: buen número. Animaos, perseverad... Lleváis ciencia, lleváis virtudes... Recordad con cariño esta Casa, y sabed que os quise siempre bien. Si, alguna vez, os reñí, fue para que aprendierais más... Cuando, en Madrid, miréis las estrellas por la noche, recordad que también nosotros las miramos desde aquí y, cuando el sol por la mañana os vaya a despertar, recordad que antes pasó por aquí, y os lleva nuestros saludos... Allí también está María Auxiliadora. allí también tendréis horas santas. Pedid por nosotros. ¡Adiós!».

Y así veinte años... En aquel desierto que se hizo jardín, en aquellas paredes de nuestro seminario, en aquel rincón de España, de donde salieron esos salesianos vigorosos y llenos de ilusión, de alegría, de piedad y de ciencia, todo ello aprendido del cerebro y del corazón de don Alejandro.

Estaba orgulloso de los resultados, del tanto por ciento de perseverancia; y eso que la vida era dura, sin comodidades, con pobreza... Pero había cariño, comprensión y piedad... y eso, con unas pocas acelgas, era bastante.

CARABANCHEL

Año 1921. Empieza otra etapa en la vida de don Alejandro. Atrás quedó Campello, seminario consolidado con sus cuatro cursos de latín y que hasta servía de refugio para uno o dos cursos de teología.

Cumplida su misión, don Alejandro —rasgándose el corazón— tuvo que dejar aquel hogar salesiano, donde había pasado los mejores años de su vida. Estaba joven, estaba fuerte, y Dios le destinaba para consolidar una casa de bachilleres y una casa de noviciado.

Había empezado en Madrid —en Carabanchel Alto— un colegio de 2.^a enseñanza; eran pocos chicos iban añadiendo un curso cada año; y, en 1921, apareció por allá don Alejandro para poner su sello característico en la marcha de la casa, que era un poco complicada, pues tenía también noviciado y dos cursos de filosofía. Y, como siempre, abundaban las acelgas y escaseaba el dinero. ¡Cuántas pasó el pobre don Alejandro! Pero, optimista y valeroso, supo vencer y edificó pabellones, remozó los viejos, y, sobre todo, supo sembrar un espíritu de alegría y bienestar en toda la casa, de manera que la felicidad

era general. Y éste creemos que es su mérito personal y que conviene destacar para lección de generaciones futuras.

Componían el internado un centenar de alumnos de Castilla, de la Mancha, de Extremadura y hasta había su buena colonia andaluza, que mantuvo siempre el buen humor y la simpatía, que brotaba espontánea de sus ojos, como el perfume de sus naranjos y de sus rosas. Los externos serían una veintena.

Cuando se funda un hogar, se abre siempre un interrogante ante los nuevos esposos, conscientes de su alta misión: «¿Seremos felices? ¿Sabremos hacer frente a las dificultades de la vida? ¿Qué nos tendrá reservado Dios...?» Y su responsabilidad se podrá extender a cinco o diez personas, que —por providencia de Dios— van apareciendo despacio, de menos a más, con problemas cada vez más complicados; pero —al principio— por unos años, pequeños: la crianza de los hijos, sus estudios, la carrera, la vocación...

Pero —cuando la familia es un colegio de cien muchachos, cada uno con, por lo menos, dos problemas difíciles, su educación y sus estudios— el jefe de aquella familia, el director de aquel colegio —si es medianamente consciente de su responsabilidad— tiene que pasar días muy amargos y muy difíciles; y sólo una fe sobrenatural y un gran espíritu de sacrificio pueden mantenerle constantemente a la altura de su misión.

Le es fácil al director «mercenario» desentenderse de los problemas, ponerse al margen de la vida del colegio y facilitar el trabajo de sus subalternos, permitiéndoles, para evitar desórdenes, encauzar las

actividades colegiales en unas normas de disciplina férrea, más o menos violenta, que convierte la «c» de colegio en cárcel o en cuartel. O, si, por el contrario, se suaviza con exceso y se cede a los caprichos de los muchachos, esta vez la «c» de colegio se convierte en centro corruptor.

Armonizar las dos cosas: disciplina y alegría; convertir la «c» de colegio en casa, en familia cristiana, es una labor difícil, sacrificada; y sólo un alma grande como don Alejandro pudo conseguirlo en los quince años de esta segunda etapa de su vida. El sabía muy bien que cada alumno de bachillerato es un problema muy serio, desde el muchacho de buena posición—que el día de mañana fundará un hogar, y tendrá a su cargo, además de las personas de su familia, quizá centenares de obreros en una fábrica—hasta el hijo de familia pobre, que—con muchos sacrificios y privaciones—le va dando carrera al hijo, en el que ve el pan del día de mañana y el báculo de su vejez.

Y, además, todos —en un horizonte más amplio— son hijos de la Iglesia y de la Patria, que esperan de aquel colegio los auxiliares para su engrandecimiento y bienestar. Efectivamente, es muy grande la misión de un colegio cristiano, y el querer reducirlo a una pequeña o grande industria de dividendos, más o menos saneados, es desconocer la hermosura de una vocación y que aún hay «caballeros andantes» que trabajan por Dios, por la Patria y por las almas.

Un argumento: llegando las vacaciones de Navidad, es productivo dejar a los muchachos que vayan con sus familias. No gastan en esos días extraordi-

narios y ahorran para el colegio esos días de pensión. Pues bien, mientras don Alejandro fue director no consintió que los niños fueran a vacaciones de Navidad; y lo que podían haber sido días de descanso para los superiores e ingresos saneados, se convertían en días de un trabajo abrumador para divertir a los muchachos y en dispendios y extraordinarios para los gastos de tales fiestas. ¡Y así quince años! un gesto así basta para calificar a un hombre...!

¿Y por qué no los dejaba? Porque temía que la formación espiritual sufriera detrimento en el alma de sus niños. Y, a las familias que le decían que «eran días para pasarlos en familia», les argumentaba: «Es que esto también es familia». ¡Y era verdad!.

En aquellos días de Navidad, había «teatros», paseos, y hasta llegó a organizar corridas de toros en el patio, que proporcionaban alegría y comentarios para mucho tiempo.

Don Alejandro quería a los niños como un padre. Por todos se preocupaba y —al acabar las clases oficiales— en su cuarto, por la noche, repetía la asignatura a los cursos más atrasados o a los muchachos más torpes. ¡Cómo batallaba, incansable, en todas las materias, haciendo apuntes, buscando libros, repitiendo y machacando como no haría un padre con su hijo.

Esc, en los estudios... ¿Y en la labor educativa? Tenía una paciencia, un optimismo y una confianza, que le impedían «despachar» a nadie, por muy grandes que fueran sus travesuras. Era comprensivo y sabía que los muchachos de 16 y 18 años necesitaban trato especial, que tienen sus iniciativas (que es preciso encauzar, no ahogar). Sabía darse cuenta del la-

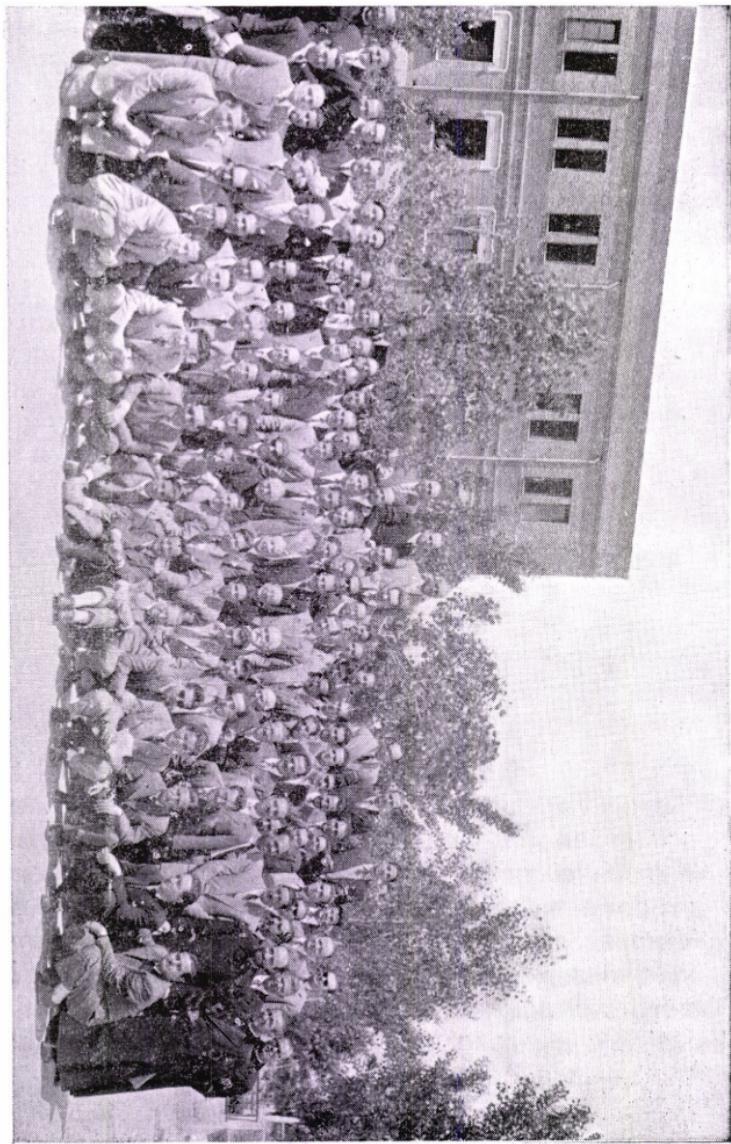
do chusco de las cosas; y sabía reir y celebrar las pequeñas trastadas humorísticas de los estudiantes. Un ejemplo...

En aquel entonces, había —anejo al Colegio— un estudiantado de teólogos, con su director, precisamente aquel que era provincial y fue a dar el frustrado cerrajazo a la casa de Campello.

Estaba don Alejandro, una tarde al anochecer, dando una conferencia a los chicos en una sala bastante grande. Les hablaba de ser valientes en la vida, de saber luchar, etc. En estos llaman a la puerta, que estaba a la mitad de dicho salón. Fue un muchacho a abrir y ¡oh terror! se vuelve corriendo y gritando: «¡Un toro, un toro!» Los otros chicos se levantan asustados y, efectivamente, miran a la puerta y, en la penumbra, pueden ver una auténtica cabeza de toro, que avanzaba... Detrás, el cuerpo y el rabo... ¡Sálvese quien pueda! Los muchachos se arremolinaron en torno a don Alejandro, rezando y gritando... y creyendo llegado el último día de su vida. Alguno, más sereno, descorrió un diván y se metió entre él y la pared, como los cabritillos de cuento.

Duró poco el engaño. Al aproximarse el toro, pudieron ver que eran tres estudiantes de teología; uno, sosteniendo la cabeza; otro moviendo la cola; y el otro, haciendo cuerpo entre los dos, cubiertos con un paño y dando la sensación de que era de verdad... Vino la reacción; pasado el susto, los comentarios y la risa y el recuento de los heridos y de los desperfectos. El velador del conferenciente se hizo «fosfatina»: el trozo más grande —aseguraba algún exaltado— era como un palillero...

Todos los años, el clarinazo de la fiesta de la Unión empujaba hacia Don Alejandro a sus AA. AA. de Carabanchel Alto y del Paseo de Extremadura madrileño.
Esta es la foto de 1952, última vez que ese centenar de hombres pudo reunirse con su antiguo Director.



Se enteró don Manfredini, superior de los teólogos, y —aquella noche— repasó los cánones, para escoger entre la suspensión, la excomunión y el destierro de aquellos tres infelices, que se habían permitido una broma tal a don Alejandro, porque le conocían... Se rio mucho éste, desarmó a don Manfredini y, al día siguiente, quiso que repitieran la broma en el comedor; pero, esta vez, sin sustos y sólo con risas y aplausos.

Otro ejemplo... Sabían los chicos que, cuando don Alejandro clamaba furibundo contra los que no estudiaban o eran algo indisciplinados, era que sacaba la caja de los truenos; pero que, interiormente, era incapaz de disgustar a nadie. Y, fácilmente aprovechaban un momento feliz para desarmarle, hacerle soltar la carcajada y volver las cosas a su cauce.

Una noche, después de las oraciones, echó un discurso de circunstancias: «No se estudiaba, no había formalidad, no había disciplina y... estaba dispuesto a despachar —¡así!— a expulsar al que no quisiera entrar en orden... Buenas noches...» Salían los chavales, cariacontecidos... Aquel no era «nuestro don Alejandro...» Dejarles así con la espada en alto y no —como otras veces— que él mismo terminaba suavemente, después de haber reñido... Esta vez iba de veras...

Pero el diablo —que siempre está discurriendo— arregló, por aquella vez, la cosa... Y fue así. Subía la fila para el dormitorio muy despacio y muy formalita... Hasta «Picolín» —un trasto más que regular— iba formalito, bajo el efecto de la perorata de don Alejandro. De pronto —hacia la mitad de la escalera—, apareció una gran rata, que habría subido del

pató, pero que, como se habían encendido las luces y los muchachos ya subían por la escalera de madera, ya no se atrevió a bajar y estaba indecisa... Verla «Picolín» y echar a correr tras ella, gritando: «¡Una rata, una rata!», todo fue uno. Su ejemplo arrastró a los otros muchachos, que se olvidaron de las «buenas noches», del discurso de don Alejandro y de sus amenazas de expulsión. Empezaron a correr todos por la escalera arriba, siguiendo un pasillo de madera de 30 metros y la rata, delante de todos... Podéis figuraros la algarabía que armarían con los pies y con las voces: «¡Ahí va! ¡Dale! ¡Ay, oh...!» Chillidos, patadas, saltos, sustos, risas... De todo... hasta que, llegando a un descanso (donde no tenía salida posible la pobre rata), quedó trillada por los pies de los muchachos.

Entre tanto, podéis figuraros el sobresalto de don Alejandro. Desde la capilla, oía aquel correr y aquél gritar. Algo grave pasaba, para turbarse así la disciplina y después de unas «buenas noches» como aquellas. Salió disparado, pensando en un incendio, en una inundación... ¡qué se yo! Cuando iba por la mitad de la escalera, ya venía «Picolín» con el «trofeo»: la pobre rata, cogida por la puntita del rabo. «¡Mire, por fin la matamos! ¡Era más grande!...»

Otro, que no fuera don Alejandro, cogía al «Picolín» y a la rata, y lo menos que disponía era tenerlos dos horas al sereno... Don Alejandro, comprensivo, se sonrió; le mandó que la tirara a un vertedero próximo; y, buenamente, comenzó a pasear y a rezar el rosario por el dormitorio, imponiendo —con su porte grave— la disciplina quebrantada...

Es de advertir que algún «asistente» —me parece que era yo— también había corrido tras la rata. Al saberlo él, al día siguiente, comentó: «¡Bah, es como un chico «estirado»!» y se rió de buena gana...

* * *

Los chicos amaban el Colegio, querían a don Alejandro y, poco a poco, iban asimilando sus enseñanzas. Gustaban salir en el «clero», y las funciones religiosas eran solemnísimas. Los domingos se cantaban las «vísperas» de la Santísima Virgen; y se hacían con fervor la funciones de Navidad y Semana Santa. En el mes de mayo, la piedad se desbordaba y también se desbordaban las «buenas noches» y los sermones de don Alejandro.

Era célebre. Empezaba, más de una vez, con estas o parecidas palabras: «Hoy os voy a hablar de la Caridad...» A los pocos minutos, se iba por otros derroteros, y —a los 20 minutos— cuando los muchachos estaban más atentos, él mismo se cortaba el hilo, diciendo, después de haber mirado el reloj: «Ha pasado el tiempo; yo tenía que haber hablado de la Caridad, pero lo dejaremos para otro día...» ¿Aventurismo? ¿Impreparación? ¿Inconsciencia? Nada de eso. Cultura y arte. Precisamente, porque su cultura y su preparación remota eran tan grandes, podía hablar, a cualquier hora, sobre cualquier tema. Y, porque era artista y con sus facultades despertadas continuamente, no necesitaba encerrarse en la frialdad de un tema preconcebido y muy bien limado; pe-

ro que, tal vez, no interesaría a nadie en aquella ocasión.

Así hacen también los pintores: se proponen trabajar en aquella mano o en aquel trozo de vestido; pero, de pronto, les surge la inspiración de aquellos ojos, que tienen interrumpidos hace tiempo; y allá se van, dejando todo... Quizá don Alejandro, cuando cambiaba de tema, era porque —al pasear su vista por auditorio— tropezó con un grupo que le inspiró nuevo argumento, y allá se fue tras la oveja más necesitada, dejando un poco al margen a los demás. Lo cierto es que la unción, el entusiasmo y la vida que ponía en sus pláticas, a todos agradaban y a todos hacían bien.

Se hizo célebre el sermón de Santa Cecilia, que, todos los años, predicaba él. Como buen romano, conocía aquellos lugares sagrados y se esforzaba en que todos disfrutásemos, como él, de la visión casi real del relato: «Saliendo por la puerta Capena y entrando en la Vía Appia, iba Valeriano, al caer la tarde...» A lo largo del año, se lo recordaban los alumnos en el recreo o en la clase, y ello era motivo, más de una vez, para que se entusiasmase y —dando de mano a las matemáticas— viviese e hiciese vivir momentos emocionantes de la historia de Roma.

* * *

Me parece haber dicho que su carácter sanguíneo y energético, de artista, no podía compaginarse con otros caracteres apocados o más pacíficos. Vi-

vía la vida siempre con toda intensidad, aunque fuese la declinación de un nombre latino. Pronunciaba con claridad y con énfasis; y despachaba asuntos, problemas y cuentas en pocos segundos. Cuando cogíamos el lápiz, para hacer la cuenta, ya él decía: «Tanto». Y era así...

Yo creo que este carácter impetuoso, frenado, más de una vez, por realidad de la vida o por gente torpe o débil —que no podía avanzar como él—, ha contribuido a su enfermedad y a su muerte.

Estaba entonces de Maestro de Novicios un santo varón, meticuloso, detallista, que tenía dentro un cáncer que le comía y apagaba su buen humor andaluz. Pues bien, más de una vez, don Alejandro —los jueves por la tarde— le mandaba un aviso a ver si quería ir con él a Madrid, a visitar a algún cooperador. Y el otro le contestaba «Dile que no puedo, que estoy sin afeitar...» «¡Santa Madonna! —gritaba don Alejandro— también lo estoy yo; pero —en dos minutos—(y era verdad) me afeito... Y él no puede en toda la tarde...»

Otra vez que le veía afeitado decía «Hoy vendrá...» ¡Pues, no señor! «Dile que tengo que escribir una carta, y que no puedo salir en toda la tarde...» «¡Per Bacco! —gritaba don Alejandro— ¿Pero es posib'e? Una carta se escribe en cinco minutos —y él lo hacía— y en menos tiempo, si no es importante...»

Otro día, se trataba de ordenar de subdiácono, en el colegio, a un salesiano, aprovechando el paso de un señor obispo. Don Alejandro gozaba con las ceremonias. A las cinco de la mañana, ya andaba por quier detalle.

Dan las siete y media y las ocho y él ordenando, sin aparecer. Manda un aviso a su habitación y vuelve el mensajero, diciendo que «ahora viene... que, como no le llamaron, aún estaba durmiendo...» «¡Oh furo! Pero ¡Cómo! el día de su ordenación y hay que llamarle... Cuando yo me ordené —rugía don Alejandro— con la emoción y la ilusión, no dormí...»

Y a propósito de «ordenaciones...» Fue, antes, en Campello. Había un salesiano coadjutor que entró ya bastante mayor. Era castellano y hacía el oficio de carretero y otros menesteres de la casa. Nunca había visto un obispo, y don Alejandro se reía mucho con él, como de un bicho raro, al pensar que él, en Roma, se topaba a cada paso con obispos, cardenales y hasta, con relativa frecuencia, veía al Papa.

Se iba a ordenar de sacerdote, en la capilla de Campello, un alumno de don Alejandro. Aprovechó la ocasión para que el famoso carretero viese a su gusto a un obispo y quedase finalmente emocionado. Le puso en primera fila, y pudo ver todo a satisfacción, desde que comenzó a revestirse el señor obispo hasta el final. Era verano y hacía calor. Y, al salir, le preguntó: «¿Qué, señor Maximino, lo ha visto bien? ¿Qué le ha parecido?» Y el castellano viejo, con toda la sinceridad de su tierra, le contestó: «¡Hay que ver la de arreos que le han puesto al Señor Obispo...! No es extraño que sudara el pobre señor». Se rió don Alejandro y estoy seguro de que —siempre que viese revestido a un obispo— se acordaría de los «arreos» de antaño...

* * *

Buen salesiano, don Alejandro era incansable en la tarea de dar clase; pero, además, sabía infundir este espíritu de trabajo en sus súbditos. Los novicios y los filósofos ayudaron a levantar en Carabanchel y en Mohernando (Guadalajara) unos pabellones para expansionar tales obras.

Hoy está de moda, en las juventudes universitarias y en los hombres de carrera, dedicar algunas horas a la semana a trabajos materiales de construcción o a excavaciones científicas. Ya los hacía don Aleiandro, con los suyos, hace muchos años; y ese espíritu de trabajo y de estudio formó aquellos salesianos, que, como él, saben adaptarse a la vida dura en colegios y misiones.

Seminarios elegantes, bien están; pero quizá fuera necesario mezclar algún trabajo material y algo de vida de campaña; porque, si no, mucho van a sufrir los pobres seminaristas, cuando, en sus primeros años de sacerdocio, den con sus huesos en las pequeñas aldeas, sin tantas comodidades. Y ese trabajo manual, agotador y embrutecedor, muchas veces, nos enseñará a comprender al trabajador del campo o de la fábrica y a procurar su dignificación.

* * *

Hacia el año 27, dejó el Colegio de Carabanchel y se fue a fundar el noviciado de Mohernando. Otra casa que empezaba. Nuevas obras, nuevos gastos y nuevas privaciones.

Dejó el bachillerato con mucho sentimiento, porque los niños le adoraban; pero comprendía que Dios

le llamaba para aquella nueva misión. Y también aquí puso todo su talento y todo su entusiasmo. Supo poetizar aquella vida campestre y —como dije antes— supo infundir en aquellos novicios y filósofos el verdadero espíritu salesiano de piedad, estudio y trabajo.

Aquellos jóvenes hacían los mayores heroísmos, sin darse importancia. Una vez, uno de ellos se transpuso el pie con un clavo de un madero que no había visto. Sin proferir un lamento, se lo arrancó él mismo y se fue a curar...

No es extraño que muchachos, así formados, pocos años después supiesen ser mártires de Cristo un centenar de ellos diesen su sangre por Dios y por España, con toda naturalidad también.

Era feliz don Alejandro, cuando recibía la visita de algún alumno de Carabanchel. Le obsequiaba, le acompañaba todo el día, recordaban juntos las anécdotas festivas de años pasados, y pasaba con ellos horas felices, que se iban volando.

Hacia el año 31, volvió a Carabanchel y hacia el 33 se trasladó con todo el colegio de bachillerato al Paseo de Extremadura de Madrid. Allí estuvo hasta los acontecimientos del verano del año 36.

En este último colegio, fue feliz con sus chicos, a pesar de ser años difíciles por la situación interna de España. En el Colegio del Paseo de Extremadura seguía la misma vida de familia y de estudio que en Carabanchel Alto, sin que ocurriera el más mínimo percance desagradable.

Finalmente, la guerra deshizo el Colegio y, sólo hacia el año 44, pudo reanudar su marcha triunfal que aún perdura.

CON DON MARCELINO

Esta tercera etapa de la vida de don Alejandro, podemos considerarla como un premio de Dios a su labor generosa de casi 50 años. Es el padre de familia que pasea por los campos que cultivó con tanta fatiga. Unos frutos ya maduraron; otros van estando a punto. La cosecha se presenta, en su conjunto, espléndida y consoladora.

Sus discípulos salesianos fueron escalando puestos de responsabilidad. Uno de sus mayores consuelos fue saber que a don Marcelino Olaechea le iban a elegir Obispo. Quizá tuviera don Alejandro su majailla de parte en ello. Era una gloria para la Congregación y para él, que veía que sus trabajos de Campello iban cuajando en frutos. Después, inspectores (es decir, padres provinciales), y hasta un chico que estuvo en sus manos—don Modesto Bellido—escaló rapidísimamente un puesto en el Capítulo Superior de Turín. Y no cabe duda de que las docenas de mártires que confesaron a Cristo—durante la Guerra Civil de 1936—fueron también coronas y gloria suya. Ni una deserción, ni un fallo; la prueba terrible podía certificar la calidad de aquellos hombres.

A don Alejandro se le llenaba el corazón de entusiasmo—y los ojos de lágrimas!—contando las virtudes heroicas de muchos de sus alumnos, los bachilleres, especialmente de Villaescusa, que superaron estar siempre a la altura de la formación que recibieron en el colegio.

Y, finalmente—desde su puesto de Pamplona o de Valencia—, iba siguiendo la lucha de sus antiguos alumnos a través de la vida: se alegraba con sus triunfos, se apenaba con sus dolores. Llovían las cartas: el nacimiento de un hijo; un nuevo hogar; el final de la carrera; el triunfo en las oposiciones. Todos se creían en el deber de comunicarle, al gran corazón de don Alejandro, las diversas vicisitudes de sus respectivas vidas.

Médicos, Notarios, Abogados, Industriales, Diplomáticos. Por allí pasaban el «picolín de la rata», esta vez de uniforme flamante de Capitán del Ejército; los Pérez-Fontán, con sus togas de Abogado; Tolín, Solano y otros, con la formalidad obvia de Notarios; Llorca, Salazar, Crehuet, Ruiz-Toledo y muchos más con sus lentes de Doctores en Medicina; Vian, Adolfo, Germán... con sus inquietudes de Ingenieros. Y así, centenares y centenares. Cada día, una sorpresa, una alegría, una ilusión. Y—destacando sobre todos—el gran La Orden Miracle, como agregado cultural de la embajada de España en París. La Orden, que fue uno de los pocos —no sé si llegaron a cinco—que aprobaron la reválida, la primera vez que se implantó, en todo Madrid.

Dijimos alguna vez que don Alejandro adoraba el talento de cualquier alumno, y si a ello se unía la

virtud, la bondad exquisita, su corazón se conmovía y llenaba de alegría.

En otros individuos, el talento se torció. Era moda entonces —en el año 34— y algunos no fueron capaces de perseverar en el bien. Don Alejandro—como buen padre de familia—siguió amándolos, tratándolos con cariño, velando por ellos, para que la gracia de Dios volviera al redil a aquellos hijos pródigos. Algunos volvieron, otros volverán, porque el buen recuerdo de un corazón sacerdotal, que se sacrificó por ellos y siempre los quiso bien, disipará los errores de cátedras o libros impíos, que pintaron al sacerdote como embaucador, explotador o farasario.

Tengo entendido que don Alejandro siguió dando clase en el seminario y en otros colegios salesianos hasta su muerte. Es natural: la luz del celemin, el talento extraordinario, su dinamismo, su corazón, no le permitían dejar ociosos los dones de Dios.

Nunca fue egoísta don Alejandro, para disfrutar ventajas de una posición privilegiada. Salesiano fiel murió en el campo de combate. Sería curioso que los seminaristas de Pamplona o Valencia nos contasen algunas anécdotas. Las tuvo que haber, porque «genio y figura...».

No es fácil suponerse los goces íntimos de don Alejandro en las ceremonias episcopales. Un pontifical para él debía encerrar la satisfacción del cirujano, en una operación delicada; la del arquitecto, resolviendo un problema difícil; la del general, presenciando el desfile bizarro de sus tropas. Un pontifical, en que don Alejandro fuera maestro de ce-

remonias, tenía que salir bien, espléndido, devoto, solemne, mayestático; porque, sabiendo los ritos y rúbricas a la perfección, sin una vacilación y poseído de su alta misión de regidor, infundía a todos—actuantes y público—una gran unción y entusiasmo.

Y—si tenía a su disposición seminaristas inteligentes y un presbiterio amplio—yo creo que las ceremonias habrán dejado en todos, aún en los más profanos, el gusto y la admiración de la liturgia católica.

Don Alejandro fue muriendo poco a poco. Era muy fuerte su fibra. Arbol vigoroso, tardó en caer. Antes, se dió perfecta cuenta. Dejó la clase, dejó las ceremonias y, postrado en un sillón, esperó tranquilo el abrazo del Señor. Su cuerpo, inmóvil por la enfermedad, no impediría ya a su espíritu inquieto una vida íntima con su Dios, con María Auxiliadora, con Don Bosco.

A orillas del Mediterráneo, la brisa del mar, el rumor de las olas, invitarían a su espíritu tan sensible a recordar su Italia querida, Turín, el Vaticano, Nápoles, los años de Campello, de Carabanchel, de Mohernando, de Paseo de Extremadura... Chiquillos, salesianitos, obispos...

La figura paternal de don Marcelino era como la cifra —en primer plano— del cariño de todos sus alumnos. Cumplida su misión, moría feliz. A su encuentro, saldrían millares de almas que él habría salvado, sus buenos amigos que le esperaban, ansiosos de coronar aquel corazón, que amó tanto a Dios y a la Congregación Salesiana.

Descanse en paz, arrullado por el manso Mediterráneo y por el rumor de nuestras agradecidas ple-

garias. Su recuerdo —perpetuado en una estatua— debe figurar en Campello, Carabanchel, Mohernando, Paseo de Extremadura, como ejemplo a futuras generaciones de un gran salesiano, fiel a las enseñanzas de Don Bosco, que se esforzó siempre por hacer, de los colegios, grandes familias, donde se estudiase mucho, se rezase con fervor; pero donde también se riera alegremente, como fruto de esa paz espiritual que da la gracia de Dios.

ARTURO GONZALEZ

Zamora, 4 de mayo de 1953.

A MODO DE EPILOGO

Nos complacemos en adjuntar una serie de testimonios escritos; la mayor parte de ellos, llegados con motivo de esta campaña pro-homenaje a don Alejandro, que ha estado patrocinada por el actual Director de Campello (P. FERNANDO FERRANDIZ), por el P. ARTURO GONZALEZ (autor de estos apuntes biográficos), y por el «líder» de los AA. AA. de don Battaini, don JAVIER PEREZ FONTAN.

El espíritu salesiano tuvo en él siempre un denodado defensor: lo impuso, lo mantuvo y lo vivificó, y supo infiltrarlo en cuantos le rodeaban. Inolvidable será para quienes a su alrededor vivimos, la intensa vida de familia que se gozó en Campello, en Carabanchel, en Mohernando... El sistema que Don Bosco legó a sus hijos, bebido en sus propias y más puras fuentes y asimilado en toda su grandeza por su corazón nobilísimo, fue el imán precioso con que supo atraerse a la juventud. Sus largos y fecundos años de dirección de los colegios de Carabanchel y de la carretera de Extremadura—años en don Alejandro de plenitud humana y de espíritu—dejaron huellas imborrables en sus alumnos. Entró profundamente en nuestro corazón y quiso y se supo hacer

querer entrañablemente. Nunca perdió el contacto con cada uno de nosotros; sabía que siempre nos considerábamos «sus chicos», y en momentos alegres o tristes, en circunstancias penosas o en ocasiones particularmente difíciles que él intuía de manera prodigiosa, no faltaba nunca su palabra de aliento o de queja dolorida y amarga. Nos queda el gran consuelo de que se miraba en nosotros. Años atrás me escribió: «Os debo, por mis años de Carabanchel, las mayores alegrías de mi vida».

Ahora, prematuramente para nuestro cariño, Dios se lo ha llevado. «Envidiemos—me decía Ernesto La Orden—la conciencia tan pura con que habrá llegado al trance final».

En Benimaclet, cerca del Mediterráneo que baña las playas de Campello, reposa ya esperando la eterna resurrección; junto al Mediterráneo que besa las tierras de las dos patrias que tanto amó. Nuestra España, la de su adopción, guardará siempre con veneración, entre llantos y oraciones, su memoria de padre amantísimo y educador ejemplar.

**Javier PEREZ-FONTAN
A.A. de Carabanchel**

(«**Don Bosco en España**», marzo de 1953, n.º 111)

«Entiendo que don Alejandro tiene ya un monumento en cada uno de los corazones de los que hemos sido sus alumnos. De mí—que lo fue de Carabanchel y que conté con el honor y el consuelo de su amistad hasta su fallecimiento—puedo decirle que el primer hijo que me nació, después de su muerte,

se llama Alejandro, en recuerdo y homenaje a mi entrañable don Battaini».

(**Angel Vian**, catedrático de química industrial en la Universidad de Madrid).

«Cuantos tuvimos la dicha de conocerle y tratarle, llevamos su imagen muy grabada en lo más íntimo de nuestro ser. Mientras vivió, nunca dejé de felicitarle su onomástico y las Navidades... Los que fueron alumnos suyos, primero en Carabanchel, y después en Extremadura, le idolatraban».

(**Esteban Ruiz**, teólogo salesiano de Salamanca)

«Sus enseñanzas y consejos, los calibramos y agradecemos más ya en el otoño de nuestra vida».

(**Manuel Sanz Huerta**, farmacéutico de Madrid).

«De don Alejandro, prefiero no hablarle, porque me lleno de emoción, pero de verdad. Para mí y para todos los que estuvimos bajo su dirección, fue un padre, un guía, un TODO».

(**Luis Salazar**, médico de Villarrasa (Huelva).

«Hombre prócer, genial, espiritualísimo, amantísimo de los jóvenes universitarios... Geniazo fuerte, pero muy santo».

(**Juan Corbella**, Colegio Salesiano de Barcelona Rocafort).

«Su bondad, su inteligencia, su dedicación a la juventud, su salesianismo en fin, dejaron una huella imborrable en todos los que tuvimos la suerte de estar junto a él».

(**Francisco Díaz-Mauriño**, Secretario general técnico de SEAT de Madrid).

«Tuve un contacto muy íntimo con él (en Carabanchel). ¡Santo y edificante salesiano!

(**Maximino Gallego**, Colegio Salesiano de Sevilla, Santísima Trinidad).

«Salesiano esclarecido, por quien, providencialmente, pudimos percibir muchos el espíritu de Don Bosco... esencia de la que no queremos desprendernos, mientras nos movamos en esta vida».

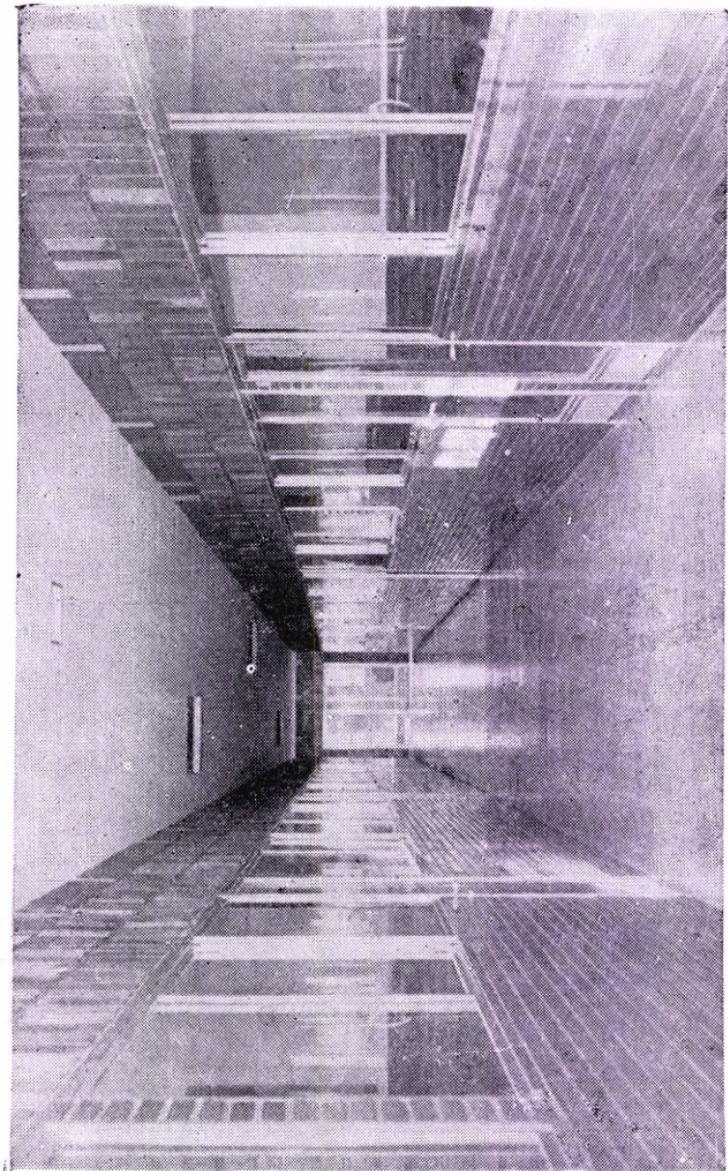
(**Joaquín Granero**, Nieremberg, 21, Madrid).

«El recuerdo de don Battaini—perenne siempre en el corazón de cuantos fuimos sus alumnos de Carabanchel—lo está de un modo particularísimo en el mío, pues tengo para con él especialísimos motivos de gratitud y devoción».

(**Lorenzo Muñoz**, P.º de La Habana, 144, Madrid).

«Salesiano... que tanto influyó en el desarrollo de la Congregación en nuestra Patria y en la formación de tantos salesianos de primera fila, como lo era él mismo».

(**Julián Ocaña**, salesiano, Director del Secretariado de Formación Profesional de la Iglesia, Madrid).



De aquel Seminario de Campello (de hace más de 60 años) no queda el más mínimo vestigio. Un nuevo complejo de edificaciones ha surgido como de la nada, dando lugar a una gran espléndidez de perspectivas. He aquí un precioso pasillo con aulas de clase a ambos lados.

Imp, Diputación Provincial de Albacete
Depósito Legal AB. 540 - 1971

